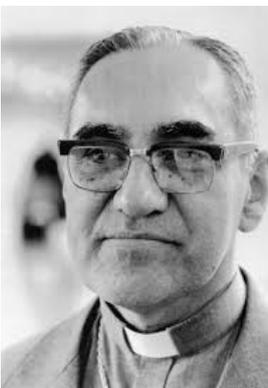




Núm. 291

SAN ROMERO DE AMÉRICA. El mártir del pueblo pobre.



Estar en El Salvador y visitar la tumba de monseñor Romero es todo uno. Observo gente arremolinada, alrededor de su figura, representada en mármol, elevada por cuatro ángeles que simbolizan los cuatro evangelios, destacando el corazón, como un mensaje de que fue su corazón de cariño hacia su pueblo el que destrozaron. Ellos son los pobres venidos de los diversos cantones del país. Entre ellos está Armando, campesino de Tacachico, en su mano sostiene un ramo de flor de izote; es su homenaje al que llama “su valedor”. Hace tiempo que le conozco, sonrío satisfecho y saludándole le pregunto:

¿Por qué hace esto, viniendo desde tan lejos?

Porque monseñor, a los pobres como yo, nos quería. Nos visitó en el cantón, nos hablaba de que

Dios quería que la cosecha de milpa llegara a nuestra mesa, nos hacía sentir importantes.

¿Y se siente agradecido?

...Mucho más, se pareció a Jesús. Nos defendió a nosotros, los pobres, y por eso está aquí, en esta tumba.

¿Y las flores...?

Es la flor de El Salvador; son como la vida, porque Monseñor está resucitado en nuestro pueblo.

Este pueblo es el “Pulgarcito” de Centro América, con 21.000 Kms. cuadrados y unos siete millones de habitantes. Muy bien le describió monseñor Romero: *“Ahí hemos encontrado a los campesinos sin tierra y sin trabajo estable, sin agua ni luz en sus pobres viviendas, sin asistencia médica cuando las madres dan a luz y sin escuela cuando los niños empiezan a crecer. Ahí nos hemos encontrado con los habitantes de tugurios, cuya miseria supera toda la imaginación”.* (Univ. Lovaina. 1980)

Son creativos y emprendedores ante las necesidades, alegres, comunicativos, muy religiosos. En los últimos años, no solo la pobreza hiere el cuerpo y el alma de este país, sino también golpea con fuerza la violencia de las maras – pandillas asesinas- que desangra, por si no tenían poco, a este pueblo con una estadística sorprendente de muertes.

PERFIL DE UN “TESTIGO” (MÁRTIR)

PROCLAMADO “DICHOSO” (BEATO) POR LA IGLESIA.

Si, alguna vez, tienes la dicha de visitar El Salvador, encontrarás al Beato Romero resucitado y presente por donde quiera que vayas: pintadas en las paredes, calles con su nombre, estatuas y canciones, hasta en los lugares más inaccesibles del caserío más apartado, en las champitas más pobres, aparece un poster de Monseñor Romero, haciendo competencia a las fotos del Barsa...

Descubrimos varias rutas para palpar la belleza tropical de este país, pero es otra ruta la que os quiero presentar, es la ruta vivenciada de San Romero de América, nacido salvadoreño (15.Agosto.1917), murió asesinado (24.Marzo.1980) y aupado dichoso (23.Mayo.2015).

Déjate guiar, nos acercamos in situ a su palabra, su persona, que sigue obrando como fuerza salvadora para el pueblo y la Iglesia.

Hacemos este peregrinaje para **leer su vida desde la clave creyente** y que tan certeramente definió el mártir Ellacuría: *“Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”*.

Voló bajo y Dios le subió

El movimiento de monseñor Romero fue de abajo-arriba: oír, mirar, conocer, “bajar”, para “subir”. Es visita obligada en esta ruta, el habitáculo de monseñor, anexo al hospitalito de enfermos cancerosos. Una sencilla habitación, un viejo aparato de radio y una antesala con diversas fotos de su vida conforman “el palacio episcopal”; aquí recibía, trabajaba sus homilias y oraba.

Esta encarnación con su pueblo rompió las barreras de arriba y abajo.

Su pueblo le llenó el corazón y monseñor se dejó querer. Abajamiento que Cabral cantó: *“Vuela bajo, porque abajo está la verdad. / Esto es algo que los hombres/ no aprendemos jamás”*.

Acompañó a su pueblo “sin demoras, sin asco y sin miedo”

El acuñó la “pastoral del acompañamiento”. Se adelantó al hoy de Francisco con los pastores: *“estar delante para indicar el camino... en medio con cercanía y misericordia... y detrás para ayudar a los rezagados”*(E.G.31).

Son tantos los que nos refieren... que el pastor estuvo a la altura: en sus visitas a los cantones, en el asesoramiento jurídico a los familiares de las víctimas, la presencia en las parroquias ante el asesinato de sacerdotes y catequistas, los retiros espirituales y un sinfín de detalles. Monseñor fue y sigue siendo *“fuente de esperanza, de ánimo y de consuelo para todos los que sufren”* (Sobrino)

El pueblo sigue cantando los corridos: *“Tú fuiste nuestro pastor/ y en los sencillos y humildes/ pusiste tu corazón. / Recuerdo cuando llegabas/, allá por nuestros cantones/ a ver a los campesinos/, a ver a tu pueblo pobre”*.

Y él acuñará una frase, preciosa de puro evangélica: *“¡Qué fácil es con este pueblo ser un buen pastor!”*.

Profeta humilde de un pueblo crucificado

Cerca de Aguilares, Tilo paró el coche y nos indicó: “*Ahí mataron al padre Rutilio Grande*”. La muerte de su gran amigo le abrió los ojos. Llevaba pocos meses de arzobispo en San Salvador. Y monseñor tomó una valiente decisión pastoral: celebrar en toda la diócesis, ese domingo, una misa única (20. Marzo.1977), en comunión y plegaria de toda la iglesia con el sacerdote asesinado. Ahí comenzó su calvario de incompreensión y rechazo.

Mención especial merecen sus homilías, seguidas en todo el país cada domingo. Monseñor tenía un criterio, que el principio fundamental de su predicación era que la Palabra debía tomar carne en la sociedad y en la historia. Entendía que solo desde los pobres se puede arrancar el “pecado del mundo” y desde ellos la Iglesia tiene que ser “voz de los que no tienen voz”.

Para Romero, predicar es dejar hablar a Dios aquí y ahora, y esa fuerza le llevó a pronunciar la última homilía (23. Marzo.1980) con la que firmó su sentencia de muerte. Se compadeció hasta el final de su pueblo sufriente y lo defendió. “*Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos*” (Jn.15, 13)

Un grito de victoria: ¡sigue vivo!

Sentado en un banco de la capilla del hospitalito, medía con la vista la distancia que recorrió la bala desde la puerta hasta el altar. El viernes santo de monseñor Romero fue un lunes de cuaresma por la tarde (24.Marzo.1980). Recordar su muerte es recordar a tantos mártires en El Salvador “*todos vienen de la gran tribulación*” (Apoc.7, 14) —campesinos, estudiantes, sacerdotes, religiosas, sindicalistas...-, lo mismo que fue “voz de los sin voz” en vida, en su muerte fue “nombre de los sin nombre”.

Junto a la tumba de los jesuitas mártires, en la UCA, se lee: “*Si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño*”. Y así lo he comprobado en tanta gente sencilla; sienten que su obispo no ha muerto, que se ha unido a la vida llena de fuerza de Jesús; y que, ahora desde ahí, les da vida, fuerza y esperanza para vivir el difícil quehacer de cada día.

El dolor y el llanto por su muerte se han ido convirtiendo en estos 36 años en alegría por el triunfo del que amó como Jesús hasta dar la vida por su pueblo. En la plaza Salvador del mundo de San Salvador (23.Mayo.2.015) toda la Iglesia se unió a lo que ya sabíamos, que “América Latina te había puesto en su gloria de Bernini” (Casaldáliga).

En estos tiempos, la violencia sigue causando crimen y muerte. Monseñor Romero permanece resucitado con la esperanza de que, en un futuro, se superará la “cultura de la muerte”.

“Sentir con la Iglesia”

Lo hizo vida y así lo plasmó en su lema episcopal. Mauricio, colaborador en la Caritas diocesana, recuerda algo que le oía muchas veces: “*mi sueño es este, hacer nuestra Iglesia*”.

Vilma, con experiencia en las comunidades populares, nos complacía en una reunión cantando “Las casas de cartón”, como tributo a monseñor Romero, y nos explicaba que “sentir con la Iglesia” para monseñor era una Iglesia que no está aislada y encerrada, sino que sale a la calle y citaba sus palabras “*para bajar de la cruz a los crucificados por el pecado del mundo*”.

Elmer nos leyó esta cita: “*la Iglesia sufre el destino de los pobres. Una Iglesia que no sufre persecución, sino que está disfrutando los privilegios, esa Iglesia ¡tenga miedo!, no es la verdadera Iglesia de Jesucristo!*”.

Permaneció unido siempre a los demás obispos, aunque incomprendido y criticado; visitó el Vaticano en algunas ocasiones, acogido y regañado por la curia; sobre todo, alentó a los laicos en el compromiso por el evangelio en las organizaciones, en las comunidades, animándoles muchas veces con el dicho: “*cada uno de ustedes tiene que ser un micrófono de Dios... Siempre existirá la Iglesia mientras haya un bautizado*”.



LA FUERZA DE SU VIDA NOS SOSTIENE Y NOS MANTIENE EN PIE.

¿Qué se nos ocurre? Algunas pistas, algunas actitudes... que nos pueden ayudar a mantener las emociones sentidas al conocer más y mejor a este testigo del evangelio y volcarnos en los que más lo necesitan, sean de aquí o de allí. Sugerencias:

Seguir cuidando la mirada

Nos podemos valer de medios, grupo, personas... que ayude a cuidar nuestra sensibilidad en relación a lo que hayas descubierto en esta Hoja de Pistas.

Concreta en qué, no sea que suceda lo de “que vuestro corazón de carne no se convierta en corazón de piedra”.

Seguir dando pasos

No conformarnos con lo que hay, con lo que “hasta aquí hemos llegado”; es necesario seguir alimentando y renovándonos en el trabajo por la justicia, los pobres, por la parroquia...

¿Podrías concretar?

Seguir dando pasos...en una mística

Es difícil, la tarea es larga y, en ocasiones árida; nuestra fuerza es limitada, a no ser que cuidemos y alimentemos el encuentro con Dios en la vida.

¡Ojalá este número de Pistas sea una oportunidad para aprender de monseñor Romero la espiritualidad que hay que cuidar!

¿Puedes explicar cómo lo vives en ti?